
Un no docente

Rodolfo Quintero Ramírez

Doctor en Urbanismo. Dedicó casi cincuenta años de su vida a la enseñanza artística y de la literatura. Profesor jubilado de la UdeG.

dr.roquira@gmail.com

Mi “experiencia docente” se limitaba a la que tuve en la Preparatoria 2, dirigida en aquel entonces por Juan Peña Razo. En dicha escuela el Contador Público Félix Vargas “docente” de Literatura Universal, por cierto actualmente desapareció la enseñanza de la literatura en el bachillerato de la universidad, me impartió su curso; pero, donde aprendí de manera más efectiva, que en todo el currículo del bachillerato, fue en el grupo de teatro que él organizó fuera del horario de clases, sin ninguna remuneración económica. Me convertí en un mirón de los ejercicios teatrales y de la puesta en escena de la obra de teatro que trabajaban para su presentación al final del ciclo escolar 1971 (entonces por anualidades). Aprovechando la cercanía le mostré unos poemas de mi autoría, en respuesta me pidió que redactara un monólogo teatral que incluso si yo lo redactaba, él mismo lo utilizaría como introducción a la presentación de su grupo. Cuando lo redacté se lo entregué, y luego me dijo, pues prepárese, usted lo va actuar. Convertido al teatro lo seguí a sus clases de teatro en el Centro de la Amistad Internacional, simultáneamente organicé un grupo de teatro en la Preparatoria 2, tarea en la cual él me apoyó. La organización extracurricular del grupo de teatro fue para montar mi obra experimental: *Sueño 1972 de una mente en descomposición*. La organización y enseñanza extracurricular fue mi primera “experiencia docente” y decente. La experiencia también definió mi concepción de la educación artística integral.

La segunda experiencia fue con niños en una escuela primaria del Salto, Jalisco, estos niños de la primaria me permitieron poner en práctica la concepción de la educación artística integral recién concebida. La oportunidad se presentó circunstancialmente, mi tía política, maestra de esa primaria, pidió permiso para ausentarse por una

semana. Cuando mi tía pensó, creo, que siendo yo alumno de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras, que mi carrera estaba orientada finalmente a la docencia. Fue hermosa la experiencia con los niños, ellos me enseñaron que tienen una poderosa imaginación, la cual, les permite dibujar a Dios mismo, cuando ningún ser humano lo ha visto. La concepción de educación artística integral que tenía en aquel entonces me permitió definir una “estrategia docente”: Primero les conté a los niños un relato literario; en segundo lugar, con colores básicos repartidos en tapaderas de refresco les pedía que elaboraran una pintura con sus dedos del tema que más les había gustado del relato; tercero, al terminar sus dibujos, les pedía que los compartieran explicando que habían dibujado a todo el grupo. En cuarto lugar los hacía participar en ejercicios de calentamiento teatral y baile. Quinto, montábamos en escenas partes del relato. La idea era integrar literatura, plástica, teatro, danza y música. Al despedirnos, como retroalimentación, los niños compartían al grupo que les había parecido la experiencia del día.

Luego mi tercera oportunidad vino, a mis 19 años, en la preparatoria número cuatro dentro del programa de Desarrollo de la Comunidad que se aplicó en la Universidad de Guadalajara. Allí me encontré enseñando teatro y en un taller literario. La estrategia de educación artística que implementé era simple, de tal manera, que los alumnos y las alumnas de la preparatoria podían reproducirla los domingos en talleres con niños con invitación casa por casa alrededor de la preparatoria (una actividad extracurricular por la cual no se recibía honorarios).

Esas experiencias, como en comercial no tenían precio, terminaron cuando me inicié en la docencia profesional y convencional cuando César Delgado joven director del Centro de Educación Artística del INBA me invitó a dar clases ordinarias de la enseñanza del español, la literatura y la sociología, por medio de las cuales empecé a recibir un verdadero salario. No pude acomodarme a la práctica docente tradicional porque era necesario tener resiliencia, mucha resiliencia. Me cayó como anillo al dedo la invitación a trabajar los fines de semana, en el programa de desarrollo de la comunidad en la preparatoria de Ciudad Guzmán, Jalisco. Los alumnos de dicha preparatoria pusieron en práctica los domingos la estrategia de educación artística en el

trabajo de extensión que se aplicó en varias comunidades aledañas a Ciudad Guzmán, trabajo por el cual no recibía ninguna remuneración, el director de la escuela preparatoria me compensaba dándome clases en asignaturas de literatura y español, con el tiempo incluso para retemerme, me tramitó un nombramiento de profesor de tiempo completo.

La maestría en Sociología con atención al desarrollo regional organizada conjuntamente por el COMECSO y la Universidad de Guadalajara, me permitió regresar a Guadalajara, entonces ya participaba en la organización social del FDLP, dicha organización me permitió seguir aplicando la estrategia de educación artística en las distintas comunidades de la zona metropolitana donde dicha organización trabajaba. Para mí fue más enriquecedor el ejercicio de la docencia artística que la docencia académica, a pesar de que esta última me dio de comer a mí y a mi familia. Aún sigo pensando lo mismo después de cuarenta años de docencia académica desarrollada, finalmente en la Facultad de Filosofía y Letras y posteriormente en el Departamento de Letras hasta mi jubilación.

En cuarenta años había pasado por el proceso de ser alumno de la Facultad de Filosofía y Letras a ser profesor de la misma. Cuando fui alumno de dicha escuela criticaba el trabajo de los docentes de la Facultad; pero me llevaría una sorpresa cuando se trasladó la plaza de profesor de tiempo completo de la escuela preparatoria de Ciudad Guzmán a la Facultad de Filosofía y Letras. El Dr. Rodríguez Lapuente inició el trámite, después de haberme invitado a dar cursos cuando era alumno de la maestría, que por cierto, él también dirigía. Terminé dentro del sistema académico y conservador que criticaba de alumno. Fui asimilado a la práctica docente tradicional, de vez en cuando intentaba regresar a la estrategia de educación artística que me gustaba. El curso de *Literatura mexicana y sus movimientos actuales* de alguna manera me permitió aplicar de nuevo dicha estrategia. Alumnos y alumnos con mentalidad académica conservadora veían rara dicha práctica; pero dado que era una asignatura no básica dentro del currículo de la escuela, la soportaban. En la asignatura de *Teoría Literaria* adopté el sistema académico tradicional de una manera rígida, justificándome porque dicha asignatura es de la currículo básico. En esa materia tomé

muy en serio el papel de académico, por cierto, cuando alumno, adjuraba en un poema mío que nunca cometería “la famayasada de ser un académico”. Al final terminé peor que los docentes que criticaba.

A los cuarenta años de docencia, mi resiliencia estaba agotada. La salvación me la ofreció la jubilación. En cuanto avizoré en 2019 mi cumpleaños 65 pensé en organizar mis últimos cursos de mi carrera docente, particularmente los de Teoría Literaria, en la que terminé como esclavo de la docencia académica conservadora. A mis últimos alumnos les comuniqué que mis cursos de *Teoría literaria* aplicarían el programa académico establecido; pero, en ellos no habría lecturas obligatorias, trabajos parciales ni finales, ni exámenes. Los del turno vespertino aceptaron y lo disfrutaron; pero siempre con la reserva de que apareciera por sorpresa un examen al final del curso y mis alumnos del turno matutino se desorientaron mucho, en su lenguaje “se sacaron de onda”. Los alumnos del matutino sí reaccionaron, ellos querían una clase académica como Dios manda. Hubo resistencia, tuve que explicarles que era mi último curso porque me jubilaría al final del semestre, no me creyeron. Hasta el final varios alumnos fueron rebeldes. Un alumno, el último día, se acercó y me dijo que no entendía porque andaba experimentando académicamente buscándole tres pies al gato. Él reprobó abiertamente mi propuesta.

Durante cuarenta años sufrí e hice sufrir; pero la jubilación me dio la oportunidad de encontrarme con exalumnos que reconocieron en mí un docente diferente. Si fui un docente diferente fue porque en mis cursos pude aplicar mi concepción de educación artística integral. El caso es que hoy, a pesar de todo lo negativo de mi trabajo docente, hay exalumnos y exalumnas del Centro de Educación Artística (CEDART Guadalajara), que me invitan a desayunar.